

De mi niñez no son precisamente buenos recuerdos los que guardo. Mi padre se llamaba Esteban Duarte Diniz, y era portugués, cuarentón cuando yo niño, y alto y gordo como un monte. Tenía la color tostada y un estupendo bigote negro que se echaba para abajo. Según cuentan, cuando joven le tiraban las guías para arriba, pero, desde que estuvo en la cárcel, se le arruinó la prestancia, se le ablandó la fuerza del bigote y ya para abajo hubo que llevarlo hasta el sepulcro. Yo le tenía un gran respeto y no poco miedo, y siempre que podía escurría el bulto y procuraba no tropezármelo; era áspero y brusco y no toleraba que se le contradijese en nada, manía que yo respetaba por la cuenta que me tenía. Cuando se enfurecía, cosa que le ocurría con mayor frecuencia de lo que se necesitaba, nos pegaba a mi madre y a mí las grandes palizas por cualquiera la cosa, palizas que mi madre procuraba devolverle por ver de corregirlo, pero ante las cuales a mí no me quedaba sino resignación dados mis pocos años. ¡Se tienen las carnes muy tiernas a tan corta edad!

(...)

Se llevaban mal mis padres; a su poca educación se unía su escasez de virtudes y su falta de conformidad con lo que Dios les mandaba -defectos todos ellos que para mi desgracia hube de heredar- y esto hacía que se cuidaran bien poco de pensar los principios y de refrenar los instintos, lo que daba lugar a que cualquier motivo, por pequeño que fuese, bastara para desencadenar la tormenta que se prolongaba después días y días sin que se le viese el fin. Yo, por lo general, no tomaba el partido de ninguno porque si he de decir verdad tanto me daba el que cobrase el uno como el otro; unas veces me alegraba de que zurrase mi padre y otras mi madre, pero nunca hice de esto cuestión de gabinete.

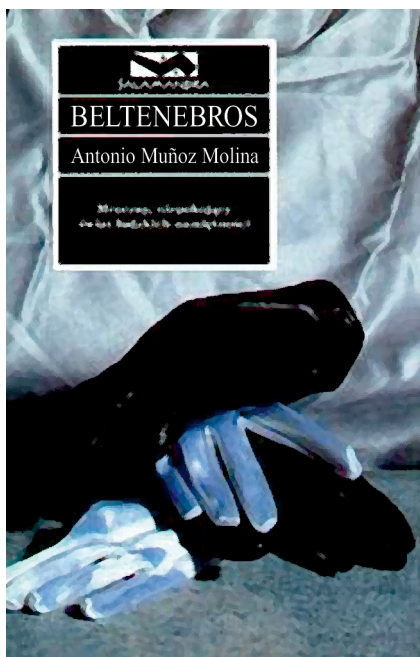
Mi madre no sabía leer ni escribir; mi padre sí, y tan orgulloso estaba de ello que se lo echaba en cara cada lunes y cada martes y, con frecuencia y aunque no viniera a cuento, solía llamarla ignorante, ofensa gravísima para mi madre, que se ponía como un basilisco. Algunas tardes venía mi padre para casa con un papel en la mano y, quisiéramos que no, nos sentaba a los dos en la cocina y nos leía las noticias; venían después los comentarios y en ese momento yo me echaba a temblar porque estos comentarios eran siempre el principio de alguna bronca. Mi madre, por ofenderlo, le decía que el papel no decía nada de lo que leía y que todo lo que decía se lo sacaba mi padre de la cabeza, y a éste, el oírle esta opinión le sacaba de quicio; gritaba como si estuviera loco, la llamaba ignorante y bruja y acababa siempre diciendo a grandes voces que si él supiera decir esas cosas de los papeles a buena hora se le hubiera ocurrido casarse con ella. Ya estaba armada. Ella le llamaba desgraciado y peludo, lo tachaba de hambriento y portugués, y él, como



Aún guardaba la pistola en el bolsillo de la gabardina, y su peso, como el influjo de un imán, me mantenía vinculado a la existencia de Andrade haciéndome continuar involuntariamente su persecución. Me había ido del almacén para no seguir ya buscándolo, había renunciado, para abreviar toda dilación, a recobrar en la consigna mi bolsa de viaje, pero antes de subir al taxi me olvidé de deshacerme de la pistola, y ese descuido, que ni siquiera obedecía a una precaución, ahora me parecía secretamente irreparable, uno de esos pormenores del azar que nadie advierte y que contienen el destino como una pequeña ampolla de vidrio esconde una sustancia letal. Pensé pedirle al taxista que se detuviera, pero no dije nada, y la pistola y la fotografía y el pasaporte falso de Andrade seguían viajando conmigo por Madrid.

Percibía las cosas detrás del velo de la extrañeza y de la fiebre, al otro lado de las luces de la ciudad y casi del tiempo, como si todo hubiera ya sucedido y no me quedara otra posible actitud que obedecer y recordar. Tal vez a él, a Andrade, le ocurría lo mismo, y por eso se había marchado del almacén unos minutos antes de que yo llegara, no para huir o para seguir mintiendo, sino para que las horas de la noche siguieran un curso previamente trazado, el de mi búsqueda, el de su soledad sin porvenir. Viendo a hombres solos que iban por las aceras con viejas chaquetas de cuello levantado y se paraban bajo las farolas a escarbar en cubos de basura imaginé que una cualquiera de aquellas sombras podía ser Andrade. Caminaría así durante horas, perdido, despojado de todo, juntando con la mano cerrada las solapas bajo la barbilla para defenderse del frío, temiendo que un hombre de paisano o un automóvil sin identificación se le acercaran: y no dejaría nunca de caminar para ser un poco menos sospechoso, sin documentación, acaso sin dinero, con la cara sin afeitar, con su apariencia intacta de inmolación y rectitud, la misma de la foto, la que seguiría teniendo cuando estuviera muerto.

Pero lo que yo no sabía era de quién estaba huyendo, si de la policía o de mí, y era preciso que lo averiguara, no por ellos, los que esperaban en Italia una llamada de teléfono que les diera cuenta de la ejecución con palabras cifradas, sino por mí mismo, por un acuciante deseo de restitución y de piedad, restitución de algo que todavía ignoraba, piedad hacia alguien que no sabía quién era, tal vez el hombre débil y solo de la fotografía, o el traidor arrepentido de su deslealtad que había escapado cuando estaba a punto de consumarla, o el sereno impostor que eludía con igual eficacia a todos sus perseguidores y que pudo haberme visto cuando llegué al almacén y estar vigilándome ahora mismo desde otro taxi, desde uno cualquiera de los automóviles cuyos faros veía yo por la ventanilla trasera hendiendo la noche y las avenidas de la ciudad como un río de luces.



MUÑOZ MOLINA, A. *Beltenebros*. RBA Editores

Actividades

1. Analiza el contenido del fragmento de *Beltenebros* y clasifica la novela según la tendencia a la que pertenezca. Explica todas la informaciones, sugerencias e indicios que te han permitido clasificarla de ese modo.

“¿Qué se habrá creído? Que yo me iba a amolar y a cargar con el crío. Ella, “que es tuyo”, “que es tuyo”. Y yo ya sabía que había estao con otros. Aunque fuera mío. ¿Y qué? Como si no hubiera estao con otros. Ya sabía yo que había estao con otros. Y ella, que era para mí, que era mío. Se lo tenía creído desde que le pinché al Guapo. Estaba el Guapo como si tal. Todos le tenían miedo. Yo también sin la navaja. Sabía que ella andaba conmigo y allí delante empieza a tocarla los achucháis. Ella, la muy zorra, poniendo cara de susto y mirando para mí. Sabía que yo estaba sin el corte. Me cago en el corazón de su madre, la muy zorra”.

(...)

Cartucho pertenecía a la jurisdicción más lamentable de los distintos distritos de chabolas. Mientras que la mortuoria del Muecas había sido establecida del modo legal y digno que corresponde al inmigrante honrado, la de Cartucho (o más bien la de la anciana madre de Cartucho) era una chabola avinagrada, emprecariante y casi cueva. Estas chabolas marginales y sucias no pretendían ya como las otras tener siquiera apariencias de casitas, sino que se resignaban a su naturaleza de agujero maloliente sin pretensiones de dignidad ni de amor propio en estricta correlación con la vida de sus habitantes. Lujo al que nunca llegaban estas subchabolas era la división en compartimentos, como la del ganadero⁽¹⁾ que hemos visto bien compuesta de cocina-dining-living y dormitorio-tabernáculo-cámara de incubación. La ocupada por Cartucho era una formación de un único espacio y los objetos robados no podían ser trasladados a un departamento especial, sino enterrados bajo una piedra redonda (que sirve también para sentarse) o confiados al perista o arrojados al estanque del Retiro. Los lamentables habitantes de estos barrios no mostraban en sus manos callosas los estigmas de los peones no calificados, sino que preferían ostentar sus cuerpos en actitudes graciales y favorecedoras con pretensiones de sexo ambidextramente establecido y comercialmente explotado. Usaban a este fin de pantalones ajustados con cremalleras en las pantorrillas y de los debidos conocimientos folklóricos y rítmicos.

(...)

Así la madre estaba acucillada en su vejez y en la piedra redonda, debajo de la que su hijo tenía oscurecida la navaja con la que ya antes había arrugado al Guapo y a otros de los que no se supo. El hijo le traía revuelto en maldiciones su cacho pan y ella, que no podía levantarse, esperaba inmóvil que él trajera el diminuto botín siempre diferente: una sortija, un reloj, una paga ocasionalmente sudada, una diminuta estafa, una contraventa frustrada, una máquina de coser de niña, el bolso de una criada que ha ahorrado para bolso y se ha ido a bailar con su bolso con un muchacho bailón moreno y de pelo rizado. Hijoputa él y de madre soltera él, adherido al árbol de la vida por donde había brotado, como un clown a través del disco de papel, a un circo en el que no sabe contar chistes, esperaba tendido en la mañana, entre las piedras, la salida de alguien desde la mortuoria cabaña en la que había oído



¹Ganadero: Connotación referida a la actividad del Muecas como criador ilegal de ratas de laboratorio.

gritos que le habían hecho suponer que alguien andaba con lo que era de él, llenándole el corazón de rabia.

Amador salía con su carga de bombonas y de gasas y de pena, andando con un tintineo metálico de instrumentos que había lavado cuidadosamente con agua que trajo una mujer desde el pozo de allí al lado. No pensaba tanto en la muerte como en el certificado que debe permitir que cada cosa quede en su sitio hasta en un lugar tan desamparado como aquél y en la torpeza de los que empiezan a hacer cosas que no saben hacer. Había hablado con el Muecas y habían pensado un procedimiento para dejar las cosas en orden aun en ausencia de certificado. Pero había mucha gente que lo sabía y Muecas llamó también a conversación al Mago. Hablaron pues el Mago, Muecas y Amador en voz muy baja, para irse entendiendo poco a poco sobre lo que había de ser dicho si llegaba la hora en que hubiera que hablar por fuerza.

(...)

Cartucho seguía a Amador con su carga ilegal de objetos propiedad del Estado que, con los generosos créditos dispensados a un Instituto, parece suponer que nativos de su territorio, instruidos a sus propias expensas aunque en edificios que Él ha dispuesto, pueden contribuir al crecimiento de esa montaña de saberes discretamente ordenados de la que aquí casi nada se sabe. Y según se alejaba del lugar de los hechos, se aproximaba lentamente -incapaz de poder gastar en taxi cantidad alguna aun en el caso de que hubiera habido un taxi en el desierto de la prima aurora- al subbarrio de las subchabolas donde Cartucho reinaba como señor indiscutido después de algunas de sus más pronunciadas hazañas que habían llevado algún cuerpo a la tierra y a él, sólo muy provisionalmente, a una sombra alimenticia y descansadora.

Se echó sobre Amador cuando menos lo esperaba y le puso la punta de la navaja en el vacío izquierdo y apretó un poco hasta que la sintiera. Le dijo: “¡Anda!” Le hizo andar. Le dijo: “¡Entra!” Amador entró hasta donde estaba la madre soltera, vieja, acucillada sobre la piedra redonda, comiendo unas sopas de ajo frías, sin dientes.

-¿Quién fue?

-¡Por mi madre, que yo no! ¡Por estas, que yo no!

-Deja ahí eso.

Amador dejó los paquetes en el suelo y la madre empezó a desenrollarlos para ver los objetos brillantes y las gasas y unas vendas y un frasco de yodo.

-¡Tú has sido! No me mientas.

-¡Te lo juro que no!

-Y ¿para qué era todo esto?

-Ha sido el Muecas que quiso que se lo hicieran porque la tenía en...

-¿De quién?

-Yo no sé nada, te lo juro por éstas.

-Di de quién.

La madre volvió a sus sopas indiferente. Iba oculta en grandes refajos que adherían al menguado cuerpo como viejas pieles de serpiente que no muda, sobre las que podía dormir tan ricamente.

-No le dejes, mi hijo -intervino-. Que pague lo que sea.

-¡Déjame ya o te denuncio!

-¡Hale! ¡Chívale si puedes!

-¡Déjame!

-¿Crees que me va a dar canguelo? Tú sí que vas a tener la frusa...

-Yo no he sido.

Cartucho hacía como que podía apretar, sin esfuerzo alguno, la punta de la navaja en el vientre un poco grueso de Amador el cual estaba hecho de una materia demasiado blanda para ciertos tragos. No podía adivinar de dónde había salido aquel hombre negro, como llovido del cielo o vomitado de una mina, que le apretaba contra la asquerosa vieja y sentía cada vez más sudado su cuello por el miedo. ¿A él qué se le iba en aquel asunto? Éste estaba enamorado de la muerta. Aconchabado con la Florita. Sería el padre. Pero Muecas no lo sabía. Éste se entendía con ella y el Muecas no sabía lo que le metían en la casa. Tiene un aire de fiera que puede suceder cualquier cosa, Dios sabe que barbaridad...

-Fue el médico -dijo Amador.

-No me mientas.

-El médico...

(...)

Tranquilidad. No puedo hacer nada; luego no puedo equivocarme. No puedo tomar ninguna resolución errónea. No puedo hacer nada mal. No puedo equivocarme. No puedo tomar ninguna resolución errónea. No puedo hacer nada mal. No puedo equivocarme. No puedo perjudicarme. Estar tranquilo en el fondo. No puede ya pasar nada. Lo que va a pasar yo no lo puedo provocar. Aquí estoy hasta que me echen fuera y yo no puedo hacer nada por salir.

¿Por qué fui?

No pensar. No hay por qué pensar en lo que ya está hecho. Es inútil intentar recorrer otra vez los errores que uno ha cometido. Todos los hombres cometen errores. Todos los hombres se equivocan. Todos los hombres buscan su perdición por un camino complicado o sencillo. Dibujar la sirena con la mancha de la pared. La pared parece una sirena. Tiene la cabellera caída por la espalda. Con un hierrito del cordón del zapato que se le ha caído a alguien al que no quitaron los cordones, se puede rascar la pared e ir dando forma al dibujo sugerido por la mancha. Siempre he sido mal dibujante. Tiene una cola corta de pescado pequeño. No es una sirena corriente. Desde aquí, tumbado, la sirena puede mirarme. Estás bien, estás bien. No te puede pasar nada porque tú no has hecho nada. No te puede pasar nada. Se tienen que dar cuenta de que tú no has hecho nada. Está claro que tú no has hecho nada.

(...)

MARTÍN-SANTOS, L. *Tiempo de silencio*. Seix Barral.

Actividades

1. Observa el primer fragmento, es un monólogo interior de Cartucho mientras está en la cárcel. Fíjate en sus ideas repetitivas y sin mucha coherencia, como si estuviera reproduciendo un proceso mental.
2. Identifica otro monólogo interior en el conjunto de fragmentos.
3. Los dos monólogos interiores pertenecen a personajes distintos; compara su lenguaje.
4. Aunque el contenido del primer fragmento no forma parte de la trama argumental que se apunta en los otros fragmentos, tal vez te parezca que sí. Utilízalo como te parezca oportuno de manera que esos fragmentos y la información teórica sobre la obra te permitan aproximarte a una reconstrucción argumental.

ACERCA DEL AMOR Y DEL DESEO

No ese temblor de bestia angélica
que notas en el bar cuando la adolescente
de interminables piernas se levanta.
No exactamente
ese inmediato bisturí de hielo
que se clava en la zona salvaje de ti cuando
en el cine
la diosa de la intriga se desnuda.
Desde luego que no el pastel romántico
que cuece el corazón en su sótano de
demencia y lirismo.
No los aullidos y polvos de la primera
madrugada,
su comercio de uñas y saliva
-y tres o cuatro gomas por el suelo-.
No estrictamente eso -que también-
-sino el choque carnal
de dos mundos vacíos, que desde entonces
establecen su anómala armonía,
girando sobre sí como planetas
errabundos de dicha y de rencor.

FELIPE BENÍTEZ REYES.

Actividades

1. Lee el poema de Felipe Benítez Reyes “Acerca del amor y del deseo” (poema 54). Observa de qué forma se repiten los conceptos y cómo progresa la información (estructura secuencial), para intentar determinar el ritmo semántico. También observa si hay estructuras gramaticales que se repiten aunque sea parcialmente (ritmo sintáctico). Después se hará una puesta en común en clase donde se expondrán las conclusiones a las que se haya llegado.
2. Comentario del poema:
 - 1) Hipótesis de lectura
 - 2) Actitud lírica
 - 3) Estructura secuencial
 - 4) Proceso imaginativo (metáforas, imágenes visionarias etc.)
 - 5) Ritmo (fónico, sintáctico- semántico)
 - 6) Interpretación o conclusión final si es que a lo largo de los puntos anteriores no la has realizado suficientemente.

si esperara a oír esa palabra para golpearla, se sacaba el cinturón y la corría todo alrededor de la cocina hasta que se hartaba. Yo, al principio, apañaba algún cintarazo que otro, pero cuando tuve más experiencia y aprendí que la única manera de no mojarse es no estando a la lluvia, lo que hacía, en cuanto veía que las cosas tomaban mal cariz, era dejarlos solos y marcharme. Allá ellos.

La verdad es que la vida en mi familia poco tenía de placentera, pero como no nos es dado escoger, sino que ya -y aún antes de nacer- estamos destinados unos a un lado y otros a otro, procuraba conformarme con lo que me había tocado, que era la única manera de no desesperar. De pequeño, que es cuando más manejable resulta la voluntad de los hombres, me mandaron una corta temporada a la escuela; decía mi padre que la lucha por la vida era muy dura y que había que irse preparando para hacerla frente con las únicas armas con las que podíamos dominarla, con las armas de la inteligencia. Me decía todo esto de un tirón y como aprendido, y su voz en esos momentos me parecía más velada y adquiría unos matices insospechados para mí. Después, y como arrepentido, se echaba a reír estrepitosamente y acababa siempre por decirme, casi con cariño:

-No hagas caso, muchacho. ¡Ya voy para viejo!

Y se quedaba pensativo y repetía en voz baja una y otra vez:

-¡Ya voy para viejo!... ¡Ya voy para viejo!...

Mi instrucción escolar poco tiempo duró. Mi padre, que, como digo, tenía un carácter violento y autoritario para algunas cosas, era débil y pusilánime para otras: en general tengo observado que el carácter de mi padre sólo lo ejercitaba en asuntos triviales, porque en las cosas de trascendencia, no sé si por temor o por qué, rara vez hacía hincapié. Mi madre no quería que fuese a la escuela y siempre que tenía ocasión y aun a veces sin tenerla, solía decirme que para no salir en la vida de pobre no valía la pena aprender nada. Dio en terreno abonado, porque a mí tampoco me seducía la asistencia a las clases, y entre los dos, y con la ayuda del tiempo, acabamos convenciendo a mi padre que optó porque abandonase los estudios. Sabía ya leer y escribir, y sumar y restar, y en realidad para manejarme ya tenía bastante. Cuando dejé la escuela tenía doce años; pero no vayamos tan deprisa, que todas las cosas quieren su orden y no por mucho madrugar amanece más temprano.

Era yo de bien corta edad cuando nació mi hermana Rosario. De aquel tiempo guardo un recuerdo confuso y vago y no sé hasta que punto relataré fielmente lo sucedido; voy a intentarlo, sin embargo, pensando que si bien mi relato pueda pecar de impreciso, siempre estará más cerca de la realidad que las figuraciones que, de imaginación y a ojo de buen cubero, pudiera usted hacerse. Me acuerdo de que hacía calor la tarde en que nació Rosario; debía ser por julio o por agosto. El campo estaba en calma y agostado y las chicharras, con sus sierras, parecían querer limarle los huesos a la tierra; las gentes y las bestias estaban recogidas y el sol, allá en lo alto, como señor de todo, iluminándolo todo, quemándolo todo... Los partos de mi madre fueron siempre muy duros y dolorosos; era medio machorra y algo seca y el dolor era en ella superior a sus fuerzas. Como la pobre nunca fue un modelo de virtudes ni de dignidades y como no sabía sufrir y callar, como yo, lo sufría todo a gritos. Llevaba ya gritando varias horas cuando nació Rosario, porque -para colmo de desdichas- era de parto lento. Ya lo dice el refrán: mujer de parto lento y con bigote... (la segunda parte no la escribo en atención a la muy alta persona a quien estas líneas van dirigidas). Asistía a mi madre una mujer del pueblo, la señora Engracia, la del Cerro, especialista en duelos y partera, medio bruja y un tanto misteriosa, que había llevado consigo unas mixturas que aplicaba en el vientre de mi madre para aplacarla el dolor; pero como ésta, con ungüento o sin él, seguía dando gritos hasta más no poder, a la señora Engracia no se le ocurrió mejor cosa que tacharla de descreída y mala cristiana, y como en aquel momento los gritos de mi madre arreciaban como el vendaval, yo llegué a pensar si no sería cierto que estaba endemoniada. Mi duda poco duró porque pronto quedó esclarecido que la causa de las desusadas voces había sido mi nueva hermana.

Mi padre llevaba ya un largo rato paseando a grandes zancadas por la cocina. Cuando Rosario nació se arrimó hasta la cama de mi madre y sin consideración ninguna de la circunstancia, la empezó a llamar bribona y zorra y a arrearle tan fuertes hebillazos que extrañado estoy todavía de que no la haya molido viva. Después se marchó y tardó dos días enteros en volver; cuando lo hizo venía borracho como una bota; se acercó a la cama de mi madre y la besó; mi madre se dejaba besar... Después se fue a dormir a la cuadra.

CELA, C. J. *La familia de Pascual Duarte*.
Ediciones Destino. Áncora y Delfín.



Camilo J. Cela

Actividades

1. El realismo decimonónico se refleja en Pascual Duarte mediante una dimensión naturalista que justifica el comportamiento de los seres por el determinismo de la herencia. ¿Qué dice al respecto el personaje de Pascual Duarte en el texto? Coméntalo.
2. Otro argumento de los contenidos naturalistas es la influencia del ambiente. Explica el comportamiento agresivo y criminal de un condenado a muerte, en este caso Pascual Duarte, con el ambiente descrito en el texto.
3. Señala expresiones o acciones del texto que justifiquen su carácter tremendista tal como lo hemos explicado en la información teórica.
4. Repasa los rasgos que definen al pícaro aprendidos el curso pasado y establece las semejanzas y diferencias que puedas apreciar entre Lázaro y Pascual.